

Pensemos en esto

Vive en mi pueblo un hombre casado, padre de tres hijos de los cuales el mayor tiene apenas seis años. Él cuenta veintiocho y la esposa veinticinco.

Estaba, cuando sucedió lo que voy á referir, pálido y triste; la mala alimentación, el mucho trabajo, la falta de higiene y la anquilostomiasis, habían minado la que fué su robustez y un día de tantos enfermó. Quedó postrado en la cama sin poder trabajar, pero con unas cuantas pociones y fricciones que le propinaron unos vecinos, porque el médico del pueblo no visita á los pobres y tienen que llevarlos al despacho acompañados de no sé cuántos papeles que dan en la Jefatura para que la Municipalidad pague las medicinas, en fin, tanta tramitación y molestia que el enfermo llega á renegar de la caridad municipal.

Pudo por fin levantarse.

Es el caso pues, que á duras penas se levantó, gracias á los conocimientos médicos de las comadres y sin haberse borrado aun del rostro pálido las señales indelebles que deja una enfermedad no curada, le vi tan triste y abatido que le dije: ¿Por qué está tan triste, qué siente usted, amigo? á lo que contestó:—Señor, hace días que estoy en cama, y aunque mi esposa que está *interesante* no ha dejado de lavar ageno, no nos alcanza para mantener estos tres pedazos. Nada me duele del cuerpo, sólo el corazón, al ver que todo lo que he trabajado ha servido para los otros y hoy que no tengo fuerza no se acuerda nadie de mí y mis hijos piden pan y no les puedo comprar. Mi tristeza no es la enfermedad del cuerpo, es, señor, la enfermedad del alma y del pensamiento.

Al oír esto llegó á mi cerebro algo que removi6 el 6rgano donde debe tener asiento el sentimiento de la indignaci6n, y le propuse fuese á mi casa á destusar maíz al día siguiente, trabajo que me pareció poco fatigoso y el más adecuado para su estado de salud.

Fué á mi casa y callado y triste trabajó lo que pudo y al pagarle el jornal de medio día, porque no soportó más, dijo: ¿Me lo habré ganado?

Nada contesté, porque llegó una niña harapienta que al ver la miserable moneda de cincuenta céntimos en manos de su padre, exclamó: ¡Padre, padre, voy á comprar pan que hace tanto tiempo no comemos!

Me lastimó el corazón aquella niña y luego de mandar darle unas galletas, me puse á reflexionar: ¿Por qué mis hijos pueden comprarla, y los de este hombre que fué tan trabajador no? ¿Por qué los hijos de este hombre que trabajó y consumió sus fuerzas en enriquecer á otros no pueden ahora ni comprar un miserable bollo de pan?

Miré á mis hijos y dándoles un beso á cada uno, les dije: La vil moneda es la que hace la felicidad de los hombres, y esto no debería ser así. Si todos los hombres son útiles y con su trabajo contribuyen al perfeccionamiento social, todos tienen los mismos derechos. Tanta utilidad presta el brazo de un peón como el cerebro de un ministro. Tanto derecho tiene á la vida el hombre del cuento como el hacendado de enfrente; la misma galleta deberían poder comprar los hijos de éste como los de aquél.

LEANDRO SANAHUJA

Pensamientos

Ningún hombre tiene el derecho de acaparar más de lo que puede consumir; lo que los ricos dan á los pobres, mientras que millones de hombres mueren de hambre, no es un favor, propiamente hablando, sino una imperfecta restitución. — SHELLY.

Cada vez que el militarismo es muy preponderante, la cultura del espíritu puede, en honor, ser descuidada. — HERBERTO SPENCER.

Ernes

Des

Ernes

el con

ferenc

del ar

bargo

más p

como

Inic

escaso

no se

de ing

de lee

hojas,

yuelo

de toc

res bu

duos

eso d

murm

canse

mente

tras e

bullic

Ro

Bertr

tra ap

como

cinie

vorac

la ide

robar

gue a

que p

á su

ria, p

ojos

De

que e

llega

das

sano

dad

que

1